

Habana el distinguido escritor americano Sr. D. Francisco Javier Balmaseda, íntimo amigo de la autoridad superior del Istmo.

Provistos de un volante con el sello del Gobierno general, nos personamos en el cuartel de las Monjas y se nos facilitó la entrada en el aposento del general Gaytán. La estancia en donde se encontraba este valeroso cuanto infortunado militar no tendría más de cuatro metros cuadrados. El mobiliario consistía en un catre, una mesa y cuatro sillas. La fisonomía del paciente era interesante y simpática; ojos negros, color trigueño, barba negra bastante poblada y frente espaciosa.

Junto al enfermo estaban los médicos Sres. Serpa (español), Idier, Langemer, Guerra, Herrera Rosa y Vallés, y los generales Santo Domingo y Rengifo.

La solicitud del Gobernador general en favor de la curación del enfermo era decidida, y obrando con plausible tacto, mandó llamar á los médicos más notables de todos los partidos políticos y otros que allí residen y que proceden de diversas naciones. Sin duda habia llegado á sus noticias que en Panamá se decia que Gaytán moria víctima de un envenenamiento.

A la vista del enfermo habia un centinela.

El pronóstico era fatal. Los médicos habian calificado la dolencia de fiebre perniciosa.

La noche en que tal suceso ocurría, el 12 de Abril, visitó la Comisión española al general Santo Domingo Vila con el único objeto de rendirle el homenaje de sus respetos y de su más alta consideración.

Dicha autoridad extremó sus bondades, enalteciendo á la Comisión española y tributando entusiastas elogios al Marqués de Campo por su generoso desprendimiento.

Eran las once de la noche cuando salimos del palacio del Gobernador, y como teníamos vivo interés en saber si se cumplían los tristes augurios de los médicos que asistían á Gaytán, solicitamos del General gobernador una orden para que se nos

permitiera la entrada, no obstante lo avanzado de la hora.

No solo nos concedió el general Santo Domingo el favor que le pedíamos, sino que, dirigiéndose á uno de sus ayudantes, le dijo: «Acompañe V. al Sr. Mencheta al cuartel de las Monjas, que entre en el aposento de Gaytán y que permanezca en él todo el tiempo que quiera.»

Cuando penetramos nuevamente en la enfermería, el aspecto de aquel caudillo era el del moribundo que se dispone á entregar su alma al Hacedor. Hallábase completamente desnudo; su constitución era la de un hombre fornido; su musculatura, muy desarrollada, revelaba sus bríos y su valor, reconocidos hasta por sus adversarios.

Su fisonomía presentaba todos los síntomas de la muerte, próxima é inevitable, y todos los caracteres de la llamada científicamente facies hipocrática, palidez mortal, ojos hundidos, sudor frío en la frente, nariz afilada, sienas oprimidas y grandes surcos amoratados al rededor de las órbitas; sus ojos entreabiertos, tan solo dejaban ver el blanco de ellos y girando constantemente al rededor de las órbitas. La insensibilidad era completa y la relajación muscular llegaba á tal grado, que la inercia era absoluta.

No obstante esto, los dedos de sus manos estaban crispados y como deseosos de hacer presa en algun objeto imaginario. Su respiración era tan anhelosa, que sus músculos pectorales se contraían desesperadamente como para vencer el insuperable obstáculo que se oponia al libre movimiento de las paredes del pecho; una mucosidad espumosa salia por entre sus cárdenos labios, y el estertor de la agonía dejábase sentir con todo su lúgubre sonido, que repercutía en la estancia del malogrado y valiente general.

Nada tan fácil como vaticinar á la vista de tan triste cuadro el fin desastroso y rápido que habia de tener.

Con efecto, una hora despues dejaba de existir el temible revolucionario á la par que cumplido caballero, cuya muerte

constituía una sensible pérdida para el país y para el ejército colombiano. Así lo declaraban sus amigos y sus adversarios.

Nació Gaytán en Bogotá en 1851, siendo hijo de una familia bastante acomodada. Desde sus primeros años manifestó sus inclinaciones guerreras y se afilió en el partido radical. Tomó una parte activa á favor del Gobierno general en los acontecimientos de 1876-77, distinguiéndose en la acción sostenida en la llanura de Garrapata entre conservadores y liberales, mandando á los primeros el general Marceliano Velez y á los segundos el general Santos Acosta. Triunfaron los liberales, y Gaytán fué ascendido á general de brigada por méritos de guerra.

En Setiembre de 1884 se rebeló contra el general Aldana, jefe del Estado de Cundinamarca, que secundaba al Presidente de la República en sus planes atentatorios contra la Constitución entonces vigente.

Triunfó Gaytán en Guaduas, pero interviniendo el Gobierno nacional con sus fuerzas, logró se hiciera la paz, previo un convenio aceptado por las partes beligerantes. El Gobierno abandonó despues á Gaytán, inclinándose del lado de los reaccionarios.

En Octubre pronuncióse en el Estado de Santander el general Hernandez, quien defendia la misma causa que Gaytán. Este salió de Bogotá el 20 de Diciembre para tomar parte en la campaña que de nuevo se emprendía para defender las instituciones de que fué siempre valiente adalid.

Llegó á Honda, tomó los vapores en el rio Magdalena y sostuvo durante un año su campaña. Se apoderó de Barranquilla por capitulación y derrotó despues en dicha ciudad á las tropas nacionales, al mando del general Urueta.

En seguida puso sitio á Cartagena, que duró desde el 4 de Marzo hasta el 14 de Mayo del 85, derrotando á las fuerzas de la plaza tantas veces como intentaron romper el cerco puesto por Gaytán. Este abandonó el mando en jefe de las tro-

pas sitiadoras á la llegada del general Vargas Santos, quien se vió obligado á levantar el sitio por la invasión de nuevas fuerzas nacionales, mandadas por los generales Briseño y Mateus.

Las fuerzas revolucionarias se concentraron en el rio Magdalena con el objeto de conservar esta gran arteria, que facilitaba sus rápidas excursiones á los puntos que deseaban atacar ó defender.

El 17 de Junio atacaron en la Ahumadera las fuerzas que mandaba el general Quintero Calderón. La lucha fué encarnizada, pereciendo en ella los generales revolucionarios señores Hernandez Sarmiento, Bernal, Vargas, Obando, Lombar y Lleras, y siendo hechos prisioneros por Gaytán los generales Reinales y Martínez, á quienes puso en libertad prévia palabra de honor.

Siguió Gaytán combatiendo con empeño por la causa radical, hasta que, resuelto el ejército revolucionario de Santander á seguir para dicho Estado, disolvió sus fuerzas para evitar inútil derramamiento de sangre y se internó en la montaña del Carase con cinco compañeros, á quienes persiguieron las tropas del Gobierno, y al mes cayó prisionero con otro de sus amigos, ambos enfermos y hambrientos.

Fué sometido á un Consejo de Guerra en Bogotá, el cual le condenó, como á su compañero Acevedo, á diez años de presidio. De Bogotá fué conducido á Cartagena de Indias y de este punto á Panamá, á donde llegó el 29 de Marzo.

La noticia de su muerte soliviantó los ánimos de los que veían en él al hombre que habia de plantear los principios radicales en las esferas del poder, y se propusieron hacerle un entierro que tuviese todos los caractéres de una manifestación política y de una protesta contra la conducta del Gobierno, suponiendo maliciosamente que la muerte de su jefe no habia sido natural. Lo cierto es que lo fué.

El cadáver habia sido trasladado al Hospital para practicarle la autopsia, que fué hecha por el doctor cubano Sr. Masforroll,

auxiliado por otros profesores. Los partidarios más resueltos de Gaytán procuraron por todos los medios obtener el corazón de aquel valeroso soldado para conservarlo, pero no lo consiguieron, al menos en los primeros instantes. Nosotros le vimos guardado en un frasco. Por cierto que era más pequeño que los de la generalidad de los hombres.

Habíase anunciado que el entierro se verificaría á las cuatro de la tarde, pero se efectuó dos horas antes por disposición gubernativa, logrando de esta suerte impedir la manifestación que se proyectaba.

Lo que no pudo evitar el general Santo Domingo Vila con sus medidas previsoras, fué que circulara la siguiente alocución:

«Señores:

Por decreto del ciego destino se hunde en tumba prematura el jóven general Ricardo Gaytán Obeso, que en vano desafió á la muerte en las batallas libradas en defensa de la causa liberal.

Amigo personal suyo y admirador de sus cualidades extraordinarias de caudillo y de guerrero, cumplo el deber sagrado, que se conforma con los sentimientos de mi alma, al rendir en este momento solemnemente doloroso el homenaje que reclama el hombre que mereció mi afecto y el jefe á quien obedecí en noble lucha por las libertades nacionales.

Las banderas, que de esas libertades tan queridas fueron símbolos, estaban ya de luto por aquellos que á su lado cayeron en el campo del honor; el partido liberal, agradecido, las pondrá hoy á media asta en recuerdo de esta nueva víctima, que las sostuvo con tanta firmeza, con tanta convicción íntima y desinteresada.

En esta tumba caen con el cadáver del general Ricardo Gaytán Obeso las esperanzas tan legítimas que engendraba en los corazones liberales un hombre de su gran carácter. Su muerte es inmenso golpe que recibe el partido glorioso que

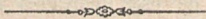


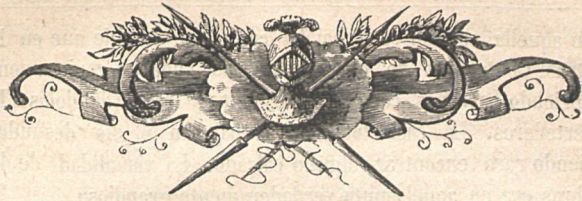
quebrantó las cadenas del esclavo y decretó la emancipación del pensamiento y la conciencia. Olas de reacción pavorosas amenazan cubrir las alturas en que ondearan un día sus estandartes victoriosos. Pero ese partido posee la verdad y es inmortal; renacerá, como el fénix de la fábula, de sus propias cenizas y defenderá de nuevo el derecho en toda su plenitud, la santa libertad en todas las manifestaciones legítimas. Nuevos jefes le guiarán en la lucha que su índole le impone, y que le llevarán á la cumbre. Esos jefes tendrán en Gaytán y en su martirio un precedente que invocar y una enseñanza que seguir; así serán dignos de la victoria final de la gran causa.

Adiós, valeroso é invicto jefe! ¡Adiós, noble y generoso amigo!

MANUEL SANTO DOMINGO NAVAS.»

Aquel mismo día se embarcó para Nueva-York el firmante de la precedente alocución. Nosotros le despedimos á bordo de un vapor americano. No se creía seguro en Panamá.





XXIV.

Nuestra primera visita á las obras.-Un rasgo de Mr. Lesseps.-El Obispo de Costa-Rica.-El cónsul del Ecuador.

El ingeniero director de las obras del Canal, Mr. Boyer, habia citado á la Comisión española para salir de Panamá á las seis y media de la mañana del 13 de Abril, á fin de recorrer una buena parte de los trabajos que se estaban realizando en el trayecto que media entre Cascadas y Matachín, que son de los que más dificultades ofrecen.

Un tren especial nos condujo á la estación de Cascadas, en donde nos apeamos á las siete y 30. La compañía habia dispuesto se tuviesen preparadas algunas caballerías para que la expedición fuese lo menos molesta posible. El presidente de la Comisión, Sr. Sanchiz, prefirió hacer la excursión á pié, igualmente que Mr. Boyer, pero no todos opinamos de la misma manera. El autor de este libro se decidió por ser plaza montada.

Al partir de Cascadas en dirección al Canal, advertimos que

en aquella sección se trabajaba con más empuje que en las otras. Centenares de obreros, negros, sudaban copiosamente abriendo barrenos, cargando vagonetas y trasbordándolas á los vertederos. La casi totalidad trabajaban medio desnudos, siendo raro encontrar alguno calzado. La visualidad de las obras era en aquel punto verdaderamente grandiosa.

Lo más notable que vimos fué el efecto producido por la explosión de una mina cargada con 800 kilogramos de pólvora, que se hizo estallar á presencia de Lesseps en el sitio llamado Bajo-Obispo, y que produjo 3.000 metros cúbicos de piedra, midiendo algunos bloques tres metros. La explosión lanzó algunas piedras á dos kilómetros de distancia. El empleo de estos medios significa la pérdida de trabajo de un número muy considerable de obreros, que tienen que suspender sus operaciones y guarecerse en sitio seguro. Lo propio ocurre con el movimiento de trenes encargados del trasbordo de materiales.

No como utilidad, pues, sino como un festejo por la presencia del ilustre Lesseps en el Canal, se efectuó la explosión, que, como hemos dicho, significaba una pérdida inmensa de trabajo.

Dos gruas de vapor facilitan la extracción de los bloques y los colocan en los vagones destinados al arrastre de los mismos hasta los vertederos.

Hay puntos en donde falta excavar más de cuarenta metros de profundidad sobre lo que era el lecho del Río-Obispo, y otros en los que se han practicado trabajos de canalización que se escapan á la vista del que visita las obras, por estar otra vez cubiertos por la vegetación, allí tan expontánea como exuberante.

A corta distancia del punto indicado está Gamboa, agrupación de casas para empleados y trabajadores, elegantes unas y muy malas otras. Junto á las primeras veíamos miles de cascos de botellas y multitud de latas vacías de conservas.

Todos los cargos mejor recompensados están desempeñados por franceses. Estos se cuidan mucho y hacen bien. Únicamente así tendrán una problemática posibilidad de no perecer al poco tiempo de encontrarse en aquellas latitudes.

El sol nos abrasaba y el cansancio nos rendía al llegar á Gamboa, y deseosos los Sres. Retortillo y Maristany y el que estas líneas escribe de encontrar cerveza con que humedecer las fauces y de descansar un poco bajo techado, recorrimos varias cabañas hasta encontrar lo que con tanto anhelo perseguíamos.

Vimos en brazos de la dueña del tabernucho en donde nos refugiamos una niña mestiza, verdadero prodigio de su raza por lo hermosa y por lo viva, y la acariciamos con satisfacción. Bien pronto supimos que aquella criatura había venido al mundo encontrándose Mr. Lesseps visitando las obras del Canal, y que con tal motivo la había apadrinado aquel ilustre personaje y la había bautizado el Obispo de Costa-Rica.

Hé aquí copia de su fé de bautismo: Hay un membrete que dice: «Compañía universal del Canal de Panamá.—Dirección.—Nota.

Gamboa 26 de Febrero 1886. Hoy bauticé echando agua de socorro á Ferdinanda, hija natural de Rafaela Olivares. Fué padrino el conde Ferdinando de Lesseps y madrina Josefa Varsallo Olivares. Las ceremonias deberán repetirse á la primera ocasión.

Bernardo Augusto, Obispo de Costa-Rica.—Ferdinando de Lesseps.»

La familia guarda como una reliquia el documento en cuestión y una moneda de oro de 20 francos con el busto de Napoleón, acuñada en 1860, regalo de Lesseps.

Nos asociamos á esta obra de caridad entregando á la madre de la niña apadrinada por Lesseps una moneda de 25 pesetas con el busto de D. Alfonso, acuñada recientemente, para que la uniera á la arriba mencionada, pues ella indicaría el

año en que nació su hija y el en que desgraciadamente había muerto el malogrado Rey de España.

El río Chagres limita el término de Gamboa, en cuya ribera está situado el observatorio para medir las aguas, el cual visitamos detenidamente.

El fluviómetro marcaba á las diez de la mañana 14 ms. 98 sobre el nivel del Atlántico.

El pluviómetro daba por término medio mensual en aquella estación 28 m/m.

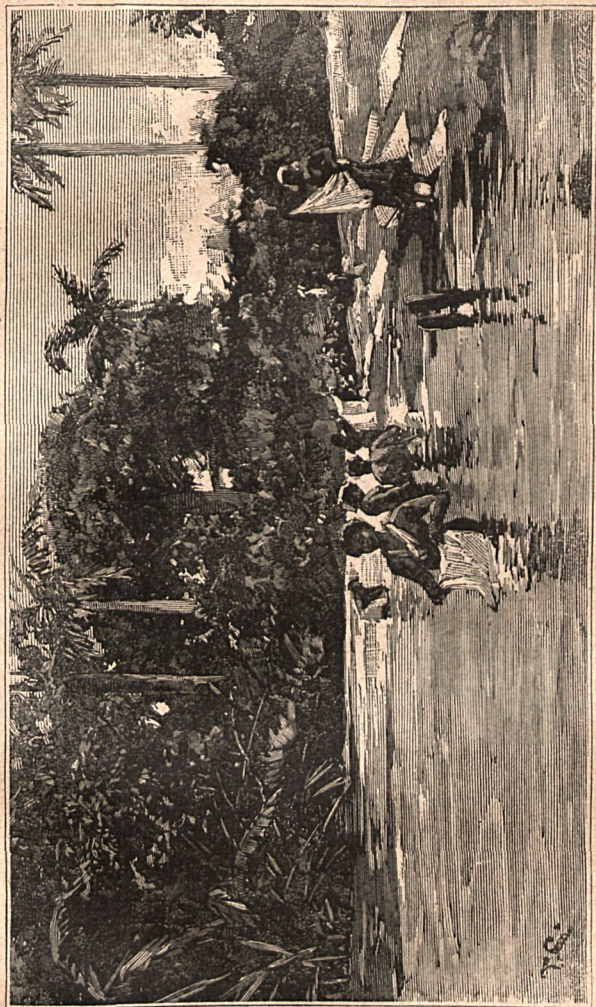
La temperatura media á la sazón era: á las doce del día 36° centígrado y de 18° á media noche.

Forzoso era embarcarnos para dirigirnos á la estación de Matachín, en donde habíamos de tomar el tren de regreso á Panamá. Varias piraguas nos condujeron á aquella cruzando las mansas aguas del Chagres, junto á la desembocadura del Río-Obispo y por debajo del ligero puente de hierro colgante, de 35 á 40 metros de longitud y unos 20 de altura, que pone en comunicación á los pueblecillos situados en las laderas del río cuyas aguas surcábamos.

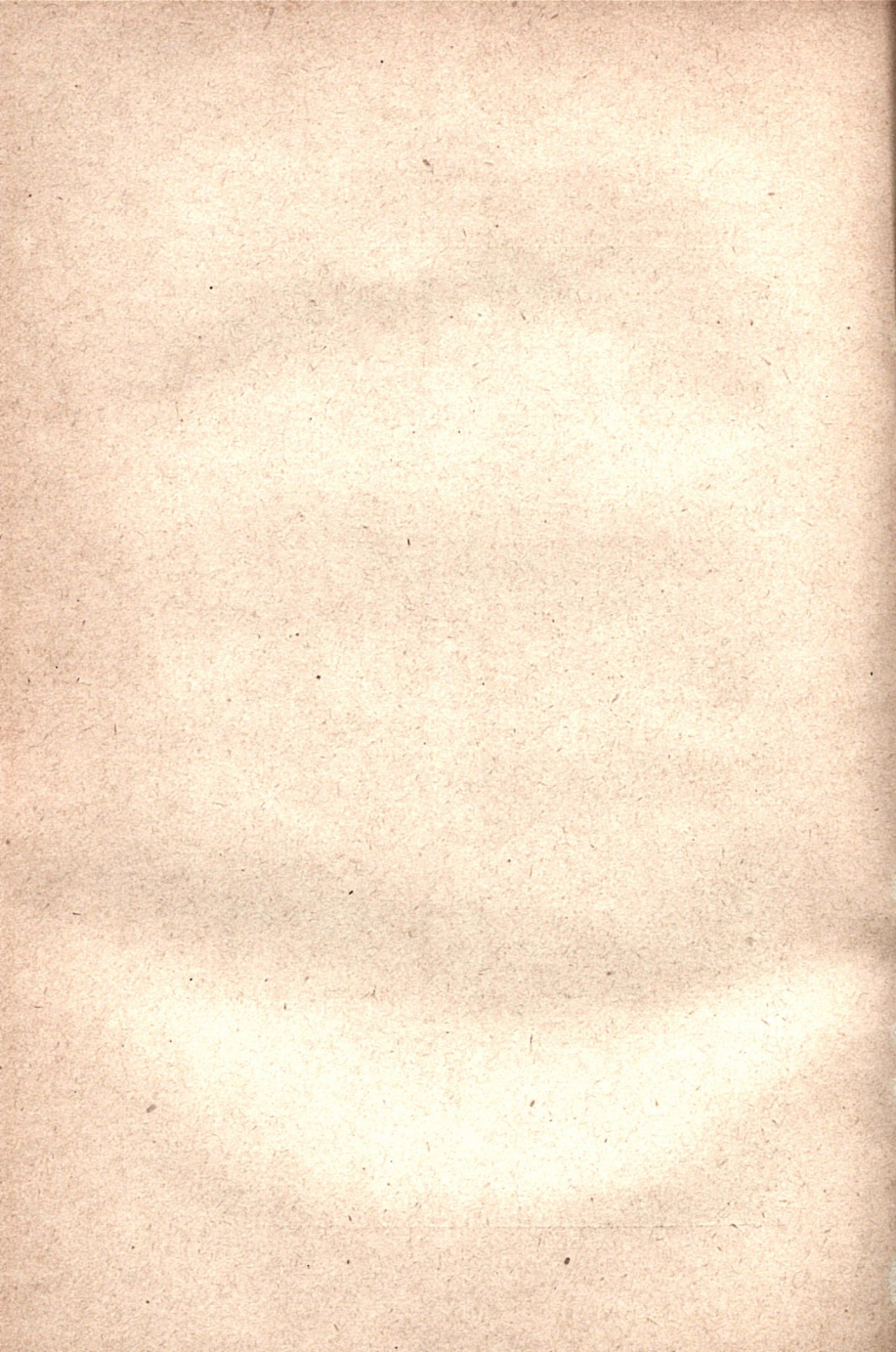
A la vista del puente citado, y en el sitio más pintoresco del río, había lavando más de sesenta negras, cubriendo las más honestas su pecho con un pañuelo, desnudas sus piernas y apenas veladas las demás formas de su cuerpo. Algunas de ellas no usaban más prenda que anchos sombreros de palma, que resguardaban sus cabezas de los abrasadores rayos del sol.

En la sección de Matachín á Emperador trabajan unos 2.500 obreros. Solo había en ella un español empleado, don Antonio P. García, natural de Cuenca. Los obreros ganan peso y medio y trabajan diez horas, de seis á once de la mañana y de una á seis de la tarde.

Recorrimos el trayecto de Matachín á Panamá con una rapidez de 50 kilómetros por hora. El menor accidente nos hubiera llevado á la eternidad. El estado de la línea férrea no



El rio Chagres en Matachin.



permite pruebas de aquella naturaleza sin exponerse á un contratiempo.

Al regresar á la fonda fuimos honrados con la visita de monseñor Kiel, Obispo de Costa-Rica, expulsado por el Gobierno de aquel pais por haberse opuesto al cumplimiento de órdenes dictadas contra los jesuitas. Monseñor Kiel es un jóven sacerdote de mucho saber y de no escasas virtudes. En Panamá cuenta con generales simpatías. Es entusiasta de las obras del Canal, y con frecuencia las visita en los puntos inmediatos á la ciudad.

El docto prelado tributó muchos elogios al Marqués de Campo por su poderosa iniciativa, y se lamentó al propio tiempo de que España hiciese tan poco por mantener vivo el entusiasmo por la madre patria en las Repúblicas que un día fueron territorio suyo.

Poco despues recibimos otra visita, la del dignísimo cónsul general del Ecuador en aquella capital, coronel D. Nicolás Orfila.

Grande fué la satisfacción que experimentó el presidente de la Comisión española, señor brigadier Sanchiz, al reconocer en aquel funcionario á un antiguo amigo tan luego como se cambiaron las frases de cortesía que son naturales en las presentaciones de la índole de la que nos ocupa.

Recordó el brigadier Sanchiz haber sido en Guayaquil el primer oficial que llevara á tierra una comunicacion de su comandante contraída á saludar á las autoridades de aquel puerto, participando el arribo de la *Ferrolana*, primer buque de guerra español que despues de la independenciam de aquel Estado se presentaba en las aguas del Pacífico.

El coronel Orfila recordó á su vez que en aquella época, 1851, se encontraba en Guayaquil ejerciendo el cargo de capitán de la fragata *España*, y que con este motivo tuvo ocasion de conocer y tratar al Sr. Sanchiz, entonces teniente de navío.

Reconocidos ambos amigos, hicieron memoria de la expléndida acogida que se dispensó en Guayaquil á la tripulación de la *Ferrolana*, y el entusiasmo general con que se saludó oficialmente y segun la ordenanza la bandera española, siempre querida y siempre respetada de los ecuatorianos.

Comprendíamos perfectamente la viva emoción que sentian ambos veteranos militares al abrazarse despues de 35 años de no saber uno del otro y verse juntos en otra ciudad del Pacífico, teatro de la obra colosal que debe cambiar la faz del comercio entre los dos mundos.



XXV.

Excursión marítima.-Un paseo por el Río-Grande.-A caza de cocodrilos.-Corozal y Miraflores.

A las ocho de la mañana del día siguiente abandonamos el Hotel y, acompañados del ingeniero Sr. Bunan Varilla, nos dirigimos á un mal llamado embarcadero y, casi en hombros de los boteros, fuimos colocados uno á uno en las lanchas que despues nos traspordaron al vaporcito *Luisa*, propiedad de la Compañía canalizadora, el cual ostentaba en su tope la bandera española. Veinte minutos de navegación bastaron para encontrarnos en la embocadura del Canal en construcción, á corta distancia de las isletas Perico, Naos y Culebra. En aquel punto vimos funcionar la única máquina que entendemos responde á la magnitud de las obras acometidas; una draga sistema Compound, de 300 caballos de fuerza. Costó en Glasgow 120.000 duros; extrae desde el lecho del mar 250 metros cúbicos de fango y arena cada hora que trabaja. Los canjilones tienen cabida para 400 litros. El Canal será allí de 50 metros de anchura y nueve de fondo en las mareas bajas. La diferencia entre pleamar y bajamar es de siete metros.

Terminada nuestra visita á la draga, embarcamos en un vaporecito de poco calado é hicimos rumbo hácia la boca del Río-Grande, que dista unas cuatro millas de donde nos encontrábamos, para recorrer el taller central allí establecido, en el que se estaban montando varias dragas de río. Cuatro de ellas hallábanse casi concluidas y dos bastante adelantadas en el ajuste de sus piezas. El material de ellas procede de Bélgica. Observamos que las planchas que se emplean tienen poca consistencia y que ninguno de los artefactos que para el montaje se usan llaman la atención por su novedad. Se remacha á golpe de martillo y se usa la chicharra ó la matraca para taladrar. Se nos dijo que en los talleres se daba trabajo á quinientos obreros, pero no vimos más de noventa. El jornal que perciben oscila entre uno y cinco pesos, segun sus aptitudes. Hay que tener presente que el salario sube y baja, obedeciendo á la ley de la oferta y la demanda.

Embarcamos nuevamente y dimos un paseo por Río-Grande hasta llegar á Corozal y Miraflores.

Es delicioso un paseo en una chalupa de vapor por Río-Grande. Sus riberas son hermosísimas. Verdaderos bosques de manglares y otras plantas acuáticas forman los márgenes de río tan pintoresco como malsano. Una de las islas que forma el río está habitada por indios y constituye un punto de vista en donde la naturaleza ha prodigado todos sus encantos. No es cosa fácil encontrar panorama más lindo que el que presentan las cabañas entre los troncos de gallardas palmeras y otros árboles tropicales. Sus habitantes, todos ellos negros, deben tener una naturaleza de hierro para resistir aquel clima y las emanaciones pestilentes de las aguas que les rodean. Grupos de chiquillos, desnudos la mayor parte, estaban jugueteando á las puertas de sus chozas. Todos ellos llevaban pendiente del cuello un escapulario.

Nos habíamos provisto de carabinas Remington, en el supuesto de que veríamos algunos caimanes en donde poder

probar nuestra puntería en competencia con el ilustrado capitán de artillería D. Mariano Dusmet, pero no tuvimos ocasión de disparar el arma, toda vez que el único que se presentó á nuestra vista se zambulló en el agua apenas advertimos su presencia al borde del río.

Más afortunado el Sr. Dusmet, hizo blanco en un enorme cocodrilo, que se lanzó á la corriente al sentirse herido.

Cuando Mr. Lesseps hizo igual expedición se mataron cinco ó seis caimanes.

Nuestra navegación terminó en el sitio llamado Corozal y Miraflores, precisamente en el que há tiempo se suspendieron los trabajos de canalización por quiebra, al parecer, de la Compañía americana, que los tenía á su cargo. Poca importancia tendría ésta á juzgar por los artefactos que empleaba para la extracción de tierras. No vimos otro material que dos malas dragas de madera, de las llamadas de cuchara, y dos gruas giratorias peores que las dragas. Con tales elementos no podría tomarse en sério que el Canal estaría terminado en cien años en la sección á que nos referimos.

Nada tan natural como suponer á la vista de los detalles apuntados y de otras observaciones que hicimos en diversos puntos en donde se realizan obras, que, más que contratistas, ha habido negociantes de dudosa buena fe en la primera época de los trabajos y en determinadas secciones de éstos.

El material inútil abunda de una manera escandalosa. Una visita de inspección formal y concienzuda demostraría que está inservible una buena parte de aquél. Esta es nuestra opinión, que podrá ser errónea, pero es sincera y desinteresada.

Acaso la escasez de dinero para acometer obra tan colosal obligara á la empresa, al inaugurarse los trabajos, á aceptar el material que le brindaban casas constructoras en condiciones ventajosas para las mismas.

Sea como quiera, nosotros nos atrevemos á aventurar, por nuestra propia cuenta, que el impulso que se dá á las obras